

Entre la agresión y la armonía: “ecopoesía” en José Emilio Pacheco y Arnaldo Calveyra

María Cristina Dalmagro – Universidad Nacional de Córdoba

Una de las perspectivas teóricas que acerca a la literatura (en este caso a la poesía), con otras disciplinas, es la que coloca el foco de atención en las relaciones entre la naturaleza y la literatura. Ecología y literatura son disciplinas que se encuentran y entrecruzan cuando se trata de postular nuevos modos de leer dichas relaciones. La ecocrítica (y particularmente la ecopoesía) propone un marco epistemológico para hacerse cargo de esta interrelación y para analizar, ejemplificar, proponer categorías y desanudar tensiones y conflictos en algunos textos de la cultura y la literatura. En este trabajo propongo revisar una selección de poemas de José Emilio Pacheco (México) y de Arnaldo Calveyra (Argentina-París) y examinarlos desde esta orientación teórica. El mundo de la infancia, en armónica relación con la naturaleza, la nostalgia de la comunión profunda del hombre con su medio ambiente, las huellas de las crisis ecológicas, las agresiones padecidas por el impacto de la modernidad son marcas que nos permiten indagar en posiciones poéticas particulares en torno a la conexión del poeta con el mundo natural. El ritmo, la lengua, todo lo que se nombra se contagia de dicha relación, que se entrelaza también con la escritura de la vida. Una fusión de autobiografía y poesía conectada con el medioambiente constituyen la base de nuestra indagación.

“Escribe el libro con lo que ves. No te olvides que el ejercicio de meditación ha de estar sostenido por la mirada. Mira, sigue mirando en derredor tuyo.”
Arnaldo Calveyra, *Maizal del gregoriano* (372).

Me interesa abrir estas reflexiones con unas palabras de M. Benedetti cuando, en un texto donde analiza la obra del mejicano José Emilio Pacheco, sostiene: “Si el poeta no puede ayudarnos a comprender, al menos nos ayuda a indagar por qué no comprendemos.” (1993). Tomamos esto como premisa: los poetas nos ayudan a indagar, a cuestionar, a pensar. Tomando la naturaleza como texto, le dan voz, la escriben, la reinvidican, la protegen y, en muchos casos, aunque modestamente, contribuyen a la toma de conciencia sobre su destrucción.

Propongo, entonces, reflexionar acerca del valor de la palabra poética cuando esta se hace cargo de la relación entre el hombre y la naturaleza y analizarla en dos de sus tantas variantes: una de ellas, la que da cuenta de la nostalgia de una armonía en la cual el hombre comulga con el medioambiente en una vinculación que incide en sus más íntimas relaciones afectivas y vitales, de fuerte impronta autobiográfica; y la otra, la poesía que reacciona ante la agresión, que es vehículo de protesta, que manifiesta una toma de posición ética y política en franca denuncia de la destrucción del medioambiente en sus diversas manifestaciones, sea la contaminación de las aguas, el avance indiscriminado de las urbes tecnologicadas, la extinción de los animales o la destrucción del medioambiente en manos del hombre. Dos miradas, dos perspectivas que dan cuenta de dos tipos de relaciones. Locus amigable, nostalgia de un paisaje armónico en la poesía

de “El libro de las mariposas” (2001), del argentino Arnaldo Calveyra, en donde la tierra es el texto, es la infancia, es el lugar de la armonía con el oikos; denuncia de la agresión contra la naturaleza en una selección de poemas de José Emilio Pacheco. En el poeta mexicano la preocupación por la acción del hombre “contra” el medioambiente se configura en algunos poemas como denuncia, en otros, como lamento, llegando incluso a la “oración”, a la súplica por el cambio; en otros, como reflexión preocupada y preocupante (recordemos que México es una de las ciudades con más altos índices de contaminación del planeta).

En este contexto, podemos afirmar que, si pensamos en las distintas modalidades de representación de la naturaleza/medioambiente en la poesía, observamos que, en general, no han cambiado sus temas a lo largo de los siglos. Pero sí, en muchos casos (aunque, por cierto, no en todos) la perspectiva. Los poemas, a partir de la segunda mitad del siglo XX se han vuelto más militantes, con una gran carga política que nos permite pensar a la poesía como una de esas zonas de respuesta creativa ante los antagonismos que atraviesan todas las dimensiones de la sociedad y pensar en una “ecopoesía” con indicadores de sustentabilidad, para decirlo en los términos de las relaciones entre ecología y lenguajes, tema que nos convoca. De allí la necesidad de valerse también de conceptos tomados de la ecología y de asumir el compromiso de despertar una conciencia ecológica a través de la literatura como parte de un sistema global, complejo, interesada por representar las preocupaciones del mundo, vehículo de ideas y de valores.

Sabemos que la mirada del poeta no es la misma que la del hombre común porque otorga nuevos significados a los actos grabados en su memoria. La conexión del escritor con el mundo natural es, entonces, importante; la tierra es texto, la geografía es consciencia y su escritura es, y acá tomo un verso de un poema de nuestro poeta cordobés, Aldo Parfeniuk “esa otra escritura del paisaje”.

Muchos son los poetas que, en sus textos, crearon un nuevo y significativo modo de escritura poetizando acerca del lugar de uno, ubicándose cuidadosamente en el ecosistema que los y nos rodea. De tal manera, su lenguaje es inseparable de la escritura de vida y por eso podemos afirmar que la escritura de la naturaleza está entrelazada con la escritura del sí y viceversa. Fusión entre autobiografía y literatura conectada con el medioambiente.

Me permito en esta presentación continuar con indagaciones iniciadas en trabajos anteriores¹ y pensar en las relaciones del hombre con la naturaleza representadas en los poetas anteriormente citados a partir de la apropiación crítica de algunos conceptos teóricos proporcionados por la “ecocrítica”. Ese es el centro de mi trabajo y la razón de ser de algunas referencias de apoyo. No creo que sea productivo comenzar todo desde cero, hay ya mucho camino recorrido (y en el marco de estas jornadas seguramente que la pionera definición de Golfelty ha sido reiterada en más de una oportunidad). Sabemos que las teorías migran, y al migrar pueden –y deben, agrego- transformarse, adaptarse (Said, 2004). Y esto es lo que las valoriza y les da su sentido contextual.

Estamos, entonces, tomando prestadas categorías, conceptos y definiciones de una teoría crítica iniciada en EEUU que no tiene todavía desarrollo en el ámbito de los estudios de las producciones literarias latinoamericanas pero que paulatinamente va construyendo su espacio, espacio que ya ha logrado tener por ejemplo en España y en otros países del mundo a través de la difusión de la organización ASLE que nuclea a quienes trabajan en este campo. La ecocrítica va más allá del estudio de la presencia de la “naturaleza en los textos literarios” y aborda la preocupación por el medioambiente, cuestión más global y con marcado carácter interdisciplinario, que tiene en Scott Slovic uno de sus pioneros y más conspicuos estudiosos.

¹ Dalmagro, M. Cristina (2010). “Selección de poemas” y capítulo estudio crítico: “Post-facio. La poesía de Aldo Parfeniuk: esa otra escritura del paisaje”. *Por donde el cerro sube al cielo*. Córdoba, Argentina: Babel. 67-89.

Los teóricos que orientaron mi lectura son Glotfelty en la “Introducción” de su clásico *Ecocriticism Reader* (1996) o bien Greg Garrard, en su libro *Ecocriticism* (2004) quien trabaja con las retóricas de la polución, lo pastoril, el Apocalipsis, la morada, lo salvaje, los animales, en algunas de sus concreciones en periodos y textos literarios. Varios de los tropos analizados por Garrard están presentes, con mayor o menor intensidad, en la poesía de los poetas seleccionados. Intentaré, entonces, plantear, desde esta perspectiva, algunas preguntas a los poemas y encontrar en ellos algunas respuestas posibles. Leer sus propuestas, sus proyecciones, sus tensiones, sus convicciones y analizar el modo en que los poemas dan cuenta de la forma de relación del hombre y mundo natural.

Tal es lo que Jonathan Bate define y caracteriza como lo propio de la “ecopoética” en su libro *The song of the Earth* (2000), donde dedica dos capítulos a analizar la función de la poesía y la importancia del poeta. Allí explica que la ecopoética pregunta en qué aspecto puede un poema ser la hechura (la *poiesis* griega) de “el hogar o lugar donde se habita” y va más allá aún cuando consigna que considera que su libro es un ‘experimento en ecopoética’. El experimento es este: ver qué pasa cuando miramos los poemas como parques imaginarios en los que podemos respirar un aire que no es tóxico y acomodarnos en un modo de habitar que no está alienado (64). Esta imagen es la que nos transmite, fundamentalmente, la poesía de Arnaldo Calveyra. Bate explica: la ecopoética pregunta en qué aspecto puede un poema ser la hechura (la *poiesis* griega) del lugar donde se habita —el prefijo eco se deriva del *oikos* griego—, “el hogar o lugar donde se habita”. (75)

A José Emilio Pacheco, en cambio, le preocupa de qué manera el hombre está contribuyendo a pasos acelerados con la contaminación, la destrucción de su medioambiente o con el desarrollo de “avances” tecnológicos que impactan negativamente. Esto también es política, la acción expresiva, la elección expresiva de Pacheco por esta problemática es también una acción política. Y es también una posición ecocéntrica, según la entienden los teóricos de la ecocrítica.

Al respecto, y corriendo un poco el eje geográfico de la teoría que orienta nuestra reflexión, cabe afirmar que, en el marco de la literatura latinoamericana, la preocupación por la relación del hombre con el medioambiente ha estado presente siempre, de distintas maneras también. Braivslavsky, en su libro *Historia ecológica de Latinoamérica* (2009) plantea un análisis muy interesante respecto del papel que las políticas de colonización han tenido, justamente, sobre el medioambiente y su transformación con fines políticos y económicos, desde la invasión española hasta nuestros días (la soja, la quinoa, los glaciares, al agua, etc. son solo algunos de los indicadores de estas cuestiones). Toma ejemplos concretos, comenzando con el Calibán de *La tempestad* shakespeariano, el *Facundo*, la “Agricultura de la zona tórrida” de Andrés Bello (1929), *Doña Bárbara* (Rómulo Gallegos). Si bien su trabajo es acotado, muestra un “modo” de reflexión situado y adecuado a una mirada desde “nuestro” lugar.

Volviendo al tema que ocupa estas reflexiones, observamos como una evidencia que esta cuestión ha sido una constante en nuestra literatura y especialmente en nuestros poetas. Podemos buscar sus orígenes en las secuelas de Hiroshima y Nagasaki, durante los años de la guerra fría y la angustia ante las amenazas atómicas; continuó su camino con las distintas manifestaciones y organizaciones que fueron diseñando políticas, movimientos, ONG, que crecieron hasta alcanzar su madurez, quizás, en torno a 1972, año en que el Club de Roma, a petición de la ONU, publicó *Los límites del crecimiento*, un informe estremecedor y de proyección mundial sobre los peligros de la explosión demográfica, de la contaminación y del consumo insostenible de los recursos naturales del planeta. Se hizo voz en Neruda, especialmente en sus últimos libros (*Fin de mundo*, 2000), en Nicanor Parra (*Chistes par[r]a [des]orientar a la policía/poesía*), en Ernesto Cardenal (*Cántico cósmico*) en quien adquirió

carácter de mirada apocalíptica, en Homero Aridjis (*Tiempo de ángeles*) y en tantos otros, pioneros de la vertiente ecologista de la poesía social. Mencionamos de manera especial la poesía de nuestro comprovinciano y colega Aldo Parfeniuk (*Cuando el cielo sube al cerro*, 2010), las canciones de algunos grupos de rock, por mencionar solo algunos ejemplos.

La selección es tarea difícil. En esta ocasión elegí a dos de ellos y espero que, de a poco, pueda ir construyendo un recorrido por distintas variantes y por diversos poetas.

José Emilio Pacheco. La agresión como sello de época

En Pacheco, la “denuncia poética” sobre la devastación del hombre hacia su ambiente entra en coherencia con su preocupación constante sobre la fugacidad del momento y su preocupación por la muerte, entendida como un constitutivo esencial del ser humano y de todo lo que lo rodea y lo que toca. A lo largo de más de cuarenta años la preocupación por esta relación tensa entre el ser humano y el medioambiente ha estado presente en su poesía. Denuncia al “poder” y su poder de destruir sistemáticamente los resguardos ecológicos (el impacto de las guerras, la destrucción de la fauna marina, la extinción de diversas especies, la contaminación ambiental, entre otras). Veamos algunos ejemplos seleccionados de varios de sus libros de poesía, que abarcan entre los años 1958 y 2000.

El poema “**Contaminaciones**”², que en su título ya asume lingüísticamente la denuncia, expresa: “El esmog, el tabaco, el hexaclorofeno, /El aire emponzoñado que te va corroyendo, /Son la vida que filtra en todos su veneno/ Y siempre nos recuerda: *vivir es ir muriendo*” (xxx)

En “**Lemnos**” se remonta a los orígenes de nuestra cultura occidental, retomando tradiciones y convicciones que se han desmoronado en el presente: “Durante siglos se creyó que esta tierra era sagrada y curaba todos los males. Pero no puede contra la invasión de nosotros los bárbaros ni contra los plásticos, las latas de cerveza, las colillas, las envolturas de papel metálico que cierran para siempre el camino a Troya” (542).

La preocupación por el legado también se hace presente en algunos de sus poemas, especialmente en “**Los vigesímicos**” en el cual invoca piedad para los sobrevivientes del siglo XX, siglo de muerte y destrucción: “Red de agujeros nuestra herencia a ustedes / los pasajeros del veintiuno. El barco /se hunde en la asfixia, / ya no hay bosques, brilla / el desierto en el mar de la codicia.

Llenamos de basura el mundo entero, / envenenamos el aire, hicimos /triunfar en el planeta la miseria.

Sobre todo matamos. / Nuestro siglo fue / el siglo de la muerte. / Cuánta muerte, / cuántos muertos en todos los países...

(...) Pidamos con Neruda / piedad para este siglo y sus sobrevivientes. (...) 363

Pero, es quizás en su poema “**Desechable**” en donde la expresión de su mirada ecológica se hace más intensa: “Nuestro mundo se ha vuelto desechable”,/ dijo con amargura/ “Así, lo más notable/ en el planeta entero/ es que los hacedores de basura / somos pasto sin fin del basurero”. (428). Todos estamos involucrados en este proceso; todos somos responsables. Esta crítica al comportamiento ante nuestra “oikos” nos involucra a todos, incluido el propio poeta como miembro de esa sociedad: “No lanzo cargos / desde ninguna altura pues yo también / soy parte y soy producto de la cloaca.” (TM 104)

También la metáfora del apocalipsis se hace presente una y otra vez en algunos de sus poemas. Veamos, por ejemplo, “**Séptimo sello**” en el cual el último hombre observa un fin de

² (en IV. Examen de la vista (*Tarde o Temprano*, 145) En: *Irás y no volverás* (1969-1972)

mundo provocado por las agresiones y aberraciones: la contaminación y consumo insostenible del agua, la deforestación, la contaminación atmosférica y la extinción no sólo (implícitamente) del mundo animal, sino también de la especie humana. No hay optimismo, ni idealización, ni armonía. La catástrofe no desemboca en ninguna promesa de redención, en ninguna esperanza de un nuevo mundo que brotará de las ruinas del nuestro: “Y poco a poco fuimos devorando la tierra. /Emponzoñada ya hasta su raíz, /no queda un árbol ni un vestigio de río. /El aire entero es podredumbre, /los campos son océanos de basura. / Soy el último humano. /Sobreviví a la ruina de mi especie. /Puedo reinar sobre este mundo, pero de qué me sirve.” (138)

La preocupación de Pacheco por despertar conciencia crítica a través de su poesía es, tal como se puede comprobar, una constante. El hombre debe conocer lo que sucede, no debe ser un espectador silencioso que ignora el alcance de la crisis y que niegue la amenaza ecológica. La tierra sufre y el poeta debe tomar la palabra, tal como lo hace en “**El infierno del mar**”: “Durante siglos pudimos injuriar [el mar] y saquear lo que sus olas resguardaban. Hoy al matarlo estamos muriendo. Cuando haya muerto el mar no tendremos oxígeno. Última ironía y regreso a las fuentes, moriremos boqueando, *como peces fuera del agua*”. (244)

Cabe citar las reflexiones de Garrard cuando afirma que “el trastorno ecológico no deja de ser un trastorno lingüístico y literario más profundo. Grandes símbolos aparentemente intemporales (el mar, el río, la lluvia, el aire, el bosque, la tierra) se están contaminando y agotando, como discursos difícilmente renovables, al ritmo de la depredación planetaria”. (*Ecocriticismo*). La tensión entre el espacio/tiempo pasado y el presente tiene claras notas disfóricas. Entre el ayer y el hoy, la modernidad arrasó con la serenidad de la comunión del hombre con la naturaleza. El hombre habla desde un lugar despojado, invadido. El yo poético no se identifica con ese hombre “sitiado” por la urbe. Se siente “otro”, distante y distinto. Su único refugio, su “retiro”, según sostiene Scott Slovic, es el paisaje.

En su reciente libro *Writing for an Endangered World*, Lawrence Buell (2001) indaga «el lugar del lugar» en la literatura y la cultura contemporáneas, y defiende el «*sense of place*», el *sentido de arraigo* que tenemos los seres humanos, como un factor central en la defensa de los ecosistemas amenazados: “...mientras más se siente un sitio como lugar, mientras con más fervor se aprecia, más grande será la preocupación potencial por la violación o incluso por la posibilidad de violación de ese sitio” (56, traducción personal).

Y es la palabra del poeta una de las voces que, haciendo confluír preocupación con angustia, permite expresarla con contundencia:

El árbol que en su ostentosa perfección empleó quinientos años para acortar en veinte metros la distancia entre el cielo y la tierra quiere alabanzas. Nos ha dado tanto: oxígeno, frutos, sombra, belleza. Al sentir que nos acercamos piensa que hemos venido a elogiar el grosos de su tronco, la textura de sus nudosidades, el virtuosismo estilístico de sus ramas que se extienden en todas direcciones, sin aparente simetría pero con sabio orden interno. Quiere alabanzas. Las merece. ¿Cómo desengañarlo o pedirle perdón antes de abatirlo con nuestra sierra eléctrica? (“El árbol”, 246)

La versión armónica en *El libro de las mariposas* de Arnaldo Calveyra

“Me haces de nuevo ese país. Que cuando alguien diga *Entre Ríos*, yo me sonría por tu creación y por tu casa. /Que cuando alguien me diga *viaje* yo reencuentre al querido caracol que me pusiste aquella vez entre las manos” (322)

En gran parte de su poesía, Arnaldo Calveyra³ plasma estéticamente la identificación del hombre con un paisaje armónico al cual presentiza y revive. Se trata, concretamente, el de un Entre Ríos lejano en el cual todos los recuerdos huelen a infancia. Es una poesía que los ecocríticos enmarcan en la vertiente de lo “pastoral”, presente en la poesía universal desde sus comienzos, y que toma nuevas dimensiones cuando evidencia una manera de representar un contraste entre lo que fue y lo que queda, entre dos espacios y dos tiempos marcados por profundos cambios, todos ellos disfóricos. En el caso de Calveyra, lo ecológico está en las imágenes poéticas, en la sencillez de su expresión, casi despojada de metáforas, transparente, que tiene la capacidad de regresarnos al “oikos”, de dar voz al poeta para escuchar y transmitir la “música”, el canto de vida de la naturaleza. Fuente, refugio, memoria, el poeta vuelve insistentemente a la naturaleza no solo como disparador de una evocación nostálgica de un tiempo feliz en lo personal sino también como símbolo de lo auténtico, de lo incontaminado. Es, como sostiene Bate, “una manera de poetizar anclada en el mundo en el cual habitamos” (266).

En este conjunto de poemas, específicamente, la poesía de Calveyra convoca tiempos y espacios distantes pero a la vez muy presentes y cercanos en sus vivencias. Amparado bajo un epígrafe que retoma una oración náhuatl, muestra clara de un modo de “sentir” el paisaje⁴ anclado en una tradición, convoca la llanura, el río, las montañas, las noches estrelladas, todo unido a su mitología personal. Su visión de la naturaleza está al servicio de su memoria, de una memoria de su infancia, de su tierra natal. La mirada del poeta se detiene sobre el campo, sobre los amaneceres, sobre el vuelo de un pájaro o de una mariposa. En una entrevista, cuando le preguntan sobre la relación entre su infancia, la distancia y la nostalgia, afirma: “No, es presente. Vivo con eso. En cualquier lugar del mundo prendo una luz de noche en una pieza y está Entre Ríos y esta mi casa en el campo, mis lugares más queridos.”

He tomado solamente algunos poemas de “*El libro de las mariposas*” (Alción 2001). Desde el primer poema el yo poético ve a Dios en la naturaleza – panteísmo- “Iba cantando, iba contándome... Maizal, perros, Dios...” (267). Las figuras del río (el olor a río), de los caballos, del trébol, el agua, la arena, el sendero, la madrugada, el rocío, el aire, diseñan un espacio armonioso, en el cual la combinación casa-paisaje produce sensación de reposo y sobre todo de silencio. En otros poemas habla de “la paz del reposo” (274) y llega también a una identificación sustancial entre paisaje-madre: “¡Qué grito por tapiales!, ¡qué dentelladas al hocico del alba!, ¡qué cerrazón de un alba única!, ¡qué montaña en esto ojos, en esto frente, en esto bosques madre, últimísima madre! (277)

Pocas palabras, las suficientes, con un estilo quebrado, lacónico, de versos escasos en conectores que permitan el discurrir de las ideas; pura expresión, puras imágenes concentradas en la sensaciones y percepciones placenteras: “- Ves esas redes, esta noche, el sereno, / -veo ese bosque, este árbol, este claro /-ves esa sombra en ese claro, su pasarse al corro de las ánimas /-ven”. (318)

En todos los poemas de este libro hay un tú a quien se invoca y con quien se intenta compartir cada sonido de la naturaleza, cada olor, color o forma que se percibe o se siente. La imagen de armonía en la relación del hombre con su oikos se va construyendo e intensificando en cada poema. Un ejemplo:

¡Escucha!, nos están rodeando de flores, todas las flores del Tala, batalla de más en más cerrada, repecharemos el Uruguay con la frente en las margaritas ¡escucha, escucha el colmenar solemne de los que llegan tarde, el arrancarse de las flores hacia el hondo!

³ Nació en Mansilla, Entre Ríos, en 1929, y se radicó en París desde 1960.

⁴ “Señora, despierta, ya empieza a amanecer, /es el alba, ya empiezan a cantar las aves de plumas amarillas, ya andan volando las mariposas de diversos colores” Oración náhuatl. (Calveyra, 265).

El barco de ha dormido (...)

Nos hemos dormido por esperar el día, llegamos.

Cierra los ojos, es el último azul, la isla, la isla y mariposas, la puerta, la van cerrando, se ha cerrado, dormida, entornada, vencida convencida por las flores. (335)

Con los “oídos sobre la tierra del campo” (278), la mirada en el paisaje, los sentidos alertas, el sinestésico recuerdo lo abarca todo:

Recuerdo el amanecer sin hojas, el pastizal helando, tiara extrema sobre amigas inocentes, mariposas negras en el lugar del nombre. Me hiciste de un color que oyes, es por segunda vez la noche, no me reconozco en sus miradas.

Mira, tigres: ¿nuestros gatos desmesurados a fuerza de tan solos? Te han reconocido, mi color se eriza. Escuchan el susurro del rescoldo a la ceniza. (293)

En el breve muestrario que he transitado en esta presentación, hay una idea que subyace y va hilvanando las distintas piezas: la convicción de que la poesía, tal vez por su ritmo, por sus posibilidades expresivas, por su intensidad para captar los instantes presentes o pasados, para expresar vivencias, es un sistema muy productivo para “reciclar los pensamientos” y “sentimientos”. Así lo sostiene Bate (2000), cuando afirma que cada vez que leemos o discutimos un problema estamos reciclando su energía de regreso a nuestro medioambiente cultural: “Así es como funciona el proceso de supervivencia y modificación en el mundo del arte”. (247) (traducción personal)

Por eso, continúa, la ecopoética debería comenzar a instalar no una propuesta sobre asuntos de medioambiente sino una manera de reflejar lo que significa habitar la tierra. (266) Ecopoética debe asimilarse a concientización (266).

Si bien es cierto que unos cuantos poemas no cambiarán el mundo, ni las formas de intervención en detrimento del medioambiente, es posible afirmar que puede contribuir, mediante la representación de la relación hombre-medioambiente y viceversa, según la concepción a la que adhiramos, a definir, explorar y resolver problemas ecológicos en sentidos amplios. Es hora de que nosotros, desde nuestro lugar, adaptemos las teorías y aprendamos a leer el mensaje de nuestra tierra en la voz de nuestros poetas. Lo más aproximado en estos momentos viene de la mano de la ecocrítica poscolonial, orientada, paradójicamente (tal como lo hacen Huggan y Tiffin o las más recientes publicaciones sobre esta cuestión), por la imposibilidad de sus propias ambiciones utópicas: visibilizar la explotación y la discriminación de todo tipo, ambos, humanas y no humanas, en el mundo; y, haciendo esto, ayudar a hacerlas desaparecer (16).

Bibliografía

As. Vs. “Dossier Arnaldo Calveyra”. *Diario de Poesía*, 69, diciembre a marzo 2004-2005, pp. 11-23.

Bate, J. (2000). “The Place of Poetry”; What are Poets For? *The Song of the Earth*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, pp. 205-243; 243-285.

Benedetti, Mario. (1993) “La poesía abierta de José Emilio Pacheco”. Hugo Verani (selecc. y prólogo) *La hoguera y el viento. J.E. Pacheco ante la crítica*. México: Dif. Cultural UNAM.

- Binns N. (2002). Criaturas del desarraigo o la busca de los lugares perdidos: alienación y ecología en la poesía hispanoamericana. Ediciones Universidad de Salamanca América Latina *Hoy*, 30, 2002, pp. 43-77.
- Brailovsky, A. (2009) *Historia ecológica de Iberoamérica II. De la Independencia a la Globalización*. Buenos Aires: Ediciones Kaicron.
- Calveyra, A. (2008) “El libro de las mariposas”. *Poesía reunida*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, pp. 263-336.
- Federovisky, S. (2007) “Distintos tonos de verde”. *Historia del medio ambiente. La transformación de la naturaleza: de mundo ajeno y amenazante a espacio por conquistar. Génesis del movimiento ambientalista*. Buenos Aires: Estación Ciencia, pp.81-93.
- Guattari, F. (2000). *Las tres ecologías* [1990] Valencia: Pre-Textos.
- Garrard, G. (2004). *Ecocriticism*. London & NY: Routledge.
- Glotfelty, Ch. & Fromm, H. (1996). *Ecocritism Reader. Landmark in Literary Ecology*. Georgia: University of Georgia Press Athens.
- Huggan, G. y Tiffin, H. (2010). *Postcolonial ecocriticism. Literature, Animals, Environment*. New York: Routledge.
- Pacheco, J. E. (2000). *Tarde o temprano [Poemas 1985-2000]*. México: FCE.
- Said, E. (2004). *El mundo, el texto, el crítico*. Buenos Aires: Debate.
- Slovic. S. (2009). “Think!—the splendor of our life!:' Taking to Heart the Poetry of Sustainability”. Dalmagro, M.C y Parfeniuk, A. (comps.). *Actas I Jornadas internacionales “Ecología y Lenguajes”*. Facultad de Lenguas, UNC, setiembre (en cd).